
Atrévete
Yasmina Soto

Atrévete

Yasmina Soto

Copyright © 2023 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2309095291989

Twitter: @sotoyasmi

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Capítulo 1

Vivo en una zona rural de Gran Canaria y aunque estemos en otoño, este en particular está siendo bien distinto al resto, suele llover con poca frecuencia, pero no con la intensidad que estamos llevando últimamente.

—Mierda, estoy llena de barro —protesto al bajarme del coche.

Voy al maletero y saco la muda de ropa que tengo para estos casos. Trabajar en la capital y yo vivir en el campo hace que muchas veces me ponga los zapatos perdidos de barro y con ello los pantalones. Entro a las oficinas en la asesoría donde trabajo y voy directa a los baños.

—Vera, ¿a dónde crees que vas?, ya deberías de estar en tu puesto —escucho la voz del insoportable de mi jefe.

Miro el reloj y lo vuelvo a mirar.

—Me quedan tres minutos.

—Eso es lo que tardas en encender el ordenador.

Suspiro para no gritarle lo que realmente quiero al usurero que tengo por jefe. Lleva tres meses y más de la mitad de la plantilla lo odia, el resto simplemente le lamen el culo por mantener su puesto de trabajo.

—Esteban, necesito cambiarme al menos el pantalón. Me quedaré esos tres minutos de más si hace falta.

—Que sean diez minutos. No fiches hasta que no estés sentada en tu puesto de trabajo.

Decido no responderle y asentir para dirigirme al baño. Ya me he cambiado los zapatos en el coche para no poner perdida la oficina y ahora solo tengo que cambiarme el pantalón, para después sentarme en mi mesa cual esclava, por un trabajo que cada vez es más indigno por el jefe que tenemos.

Una vez sentada en mi sitio, mi compañera Lourdes me mira y me señala al despacho del ser impresentable. Bufo mientras enciendo el ordenador para mirar los correos.

—Deberíamos de notificar a Matías, que al que ha puesto de jefe es un impresentable —dice ella recostándose en la silla tras cerciorarse de que el cavernícola no está mirando.

—Él debería saber cómo es el tío que ha contratado para llevar esto. Mira que había alternativas de compañeros, pero no, Matías decidió meter al hijo de un amigo que había trabajado en una consultora en Estados Unidos.

—Pues muy bueno no debió de ser, si ahora ha vuelto a la isla.

—Apuesto que lo echaron por idiota —aseguro conteniendo la risa al ver a mi compañera taparse la boca por mi comentario.

Lourdes vuelve a fijar la vista en el ordenador. Lo primero que hago es abrir el correo, apunto en una hoja lo que me solicitan para poder enviarlo lo antes posible y me pongo a trabajar. Solo se escucha el tecleo de mis compañeros, ni un comentario, ni un ruido que no sea el sonido de los dedos golpeando las teclas.

—Vamos a desayunar —me propone Lourdes.

Miro el reloj del ordenador y veo que son casi las once de la mañana y el tiempo me ha pasado volando por suerte.

—Vamos —respondo levantándome de la silla para ir a los ascensores junto a mi compañera.

Una vez llegamos a la cafetería que está justo al lado de nuestras oficinas, tomamos asiento y Noelia viene a cogernos la comanda.

—¿Lo mismo de siempre chicas? —pregunta con una sonrisa.

—Para mí sí —le dice Lourdes.

—Para mí también —respondo con una sonrisa que hace ruborizar a Noelia.

Una vez se marcha la camarera, Lourdes fija su mirada en mí.

—¿Qué? —pregunto curiosa.

—Sabes que le gustas, ¿verdad?

—No digas tonterías. Solo es una chica tímida.

—Se pone nerviosa cuando te ve, siempre nos atiende ella y cada vez que le sonríes se le cae la baba.

Hasta ese momento no me había fijado en Noelia como mujer, sobre todo porque es muy joven, no debe tener más de veintitrés años y si algo he aprendido con mis treinta y nueve es que quien con niñas se acuesta, meada se levanta.

—Es guapa —apunta Lourdes.

—Es demasiado joven, no quiero otra experiencia con alguien mucho más joven que yo. Aparte mi hermana, la pequeña, me ha puesto límite de edad para salir con alguien.

Al escuchar mi respuesta, Lourdes comienza a reír.

—En serio, ¿te ha puesto límite?

—Y tan en serio. Después de liarme con Isabel en el festival y que esta tuviera treinta años, me dijo que tenía que poner un margen de edad que, habiendo dos lesbianas en la familia, a ver si nos íbamos a liar con la misma ahora que estaba soltera.

—Si ella vive en Bilbao.

—Ya, pero dice que viene aquí de vez en cuando. Mira, no sé, pero me ha puesto unas reglas que yo también tenía, así que nadie más joven de treinta y cuatro años.

Noelia llega con lo que hemos pedido y nos mantenemos calladas hasta que se retira.

—Podrías darte una alegría al cuerpo —sugiere mi amiga antes de dar un sorbo a la taza de café.

—Ya tengo a Rosita, ella es mi fiel compañera.

—¿Rosita?

—El *Sastifayer*, Lou.

—¿Desde cuándo llevas sin sexo con un ser humano?

—No lo sé.

—Desde que lo dejaste con Nerea que no tienes nada con nadie —asegura.

—No entiendo ahora esto, Lou, ¿por qué insistes? Estoy bien, necesitaba estar sola un tiempo y saber convivir conmigo.

—Puedes tener sexo simplemente, te recuerdo que te instalaste aplicaciones de citas.

—Lo sé —suspiro recostándome en la silla.

—¿Pero?, sé que hay uno y no me lo quieres contar.

Esta cabrona parece una jodida bruja, claro que hay peros y que lo que dije en un principio, cuando terminé la relación Nerea, no lo he cumplido. Recuerdo cuando decía ahora voy a follar con quien me dé la gana y ya, solo quiero sexo, pero qué complicado es todo.

—Estoy esperando.

—Tengo miedo, miedo a que me enganche, a que todo el camino que he conseguido hasta aquí se vaya a la mierda por un polvo. Llevo más de un año sola, eso para mí es un

tiempo récord, jamás había estado tanto tiempo sin pareja y ahora mismo no sé si quiero complicarme la vida. Sé que dije que solo quería sexo y ya, pero y si después no es y ya, si quiero seguir quedando, si empiezo algo que no puedo parar. Eso me da miedo, Lou, mucho miedo.

No dice nada, solo acaricia mi brazo y termina apretándolo mientras me guiña un ojo, sabe que me ha costado mucho llegar a aceptar lo que acabo de decir, pero es una realidad, el miedo a cagarla es lo que me hace no querer nada con nadie.

Desayunamos en silencio rápido porque con la tontería nos hemos quedado sin tiempo, una vez terminamos, pagamos y subimos hasta nuestra planta.

—Espera —me agarra del brazo para que no siga avanzando y llegar a mi mesa.

Me giro y la miro con los ojos entrecerrados.

—Me tienes para lo que quieras, Vera, lo que necesites estoy aquí. Sé que últimamente después de salir de aquí casi ni hablamos, pero la mudanza y mi marido, que para todo me tiene que consultar con la reforma de la casa, estoy… —suspira intentando relajarse—. Pero que me tienes para lo que quieras, puedes contar conmigo, salir de compras, al cine, una charla como la que hacíamos antes, lo que necesites.

—¿Lo que necesite? —pregunto alzando la ceja.

Ella asiente, para confirmarme que está para lo que quiera.

—Necesito sexo —comento sonriendo.

—Idiota —protesta golpeando mi hombro.

Tiro de mi amiga y la abrazo.

—Sé que puedo contar contigo para lo que necesite, pero este proceso debo pasarlo sola —susurro, para después dejar un beso en su mejilla.

Caminamos hasta nuestra mesa y tomamos asiento, por suerte el jefe no lo hemos visto por ningún lado y no nos puede decir que hemos llegado dos minutos tarde.

Capítulo 2

Salgo del trabajo diez minutos más tarde, sobre todo para no escuchar al susodicho. Tengo cada vez más claro que hay que hablar con Martín, aunque muchos de mis compañeros prefieran callarse por mantener un puesto de trabajo que ya es indigno.

Llego a casa y mi rutina vuelve. Lo primero es ocuparme de Max, un perro Presa Canario que me hace compañía y es mi fiel amigo. Gracias a él, tras la separación conseguía levantarme los fines de semana, tener esa responsabilidad me hacía espabilarme.

Tras ocuparme del grandullón entro en la casa, mientras él se queda en la terraza trasera. Ahora, con las lluvias se pasa el día allí, sale para lo justo. Está todo embarrado, lleva muchos días lloviendo sin parar y yo solo espero que pasen estás lluvias lo más rápido posible, ya que estamos en otoño y falta por llegar el invierno, que esos sí que son duros.

La mañana siguiente el despertador vuelve a sonar a las seis y cuarto de la mañana, lo apago y me estiro en la cama antes de levantarme. Sobre las siete y cuarto estoy saliendo de mi casa para entrar en el coche. Para mi mala suerte y como viene siendo habitual sigue lloviendo.

—Espero que en algún momento deje de llover o llegará un punto que no podré subir el coche a la finca —susurro subiendo al coche.

Cuando llego a la puerta de acceso recuerdo las palabras de Lourdes: “Arregla esa puerta antes que llegue el invierno”. Yo siempre le decía que todavía había tiempo, que todavía quedaba para el invierno y ahora es un coñazo tener que bajarme con todo lleno de barro para abrirla, sacar el coche y volver a cerrar.

Voy bajando en dirección al trabajo cuando de pronto veo un coche parado en dirección de subida en medio de una pendiente. La carretera es estrecha y quien conduce comienza a patinar debido a la inclinación de la vía más el barro que hay en la calzada.

—Mierda —protesto mirando la hora.

Espero paciente a que quien conduce pueda sacar el coche o que al menos se arrime y me deje pasar o llegaré tarde al trabajo. Para colmo el coche está subiendo y yo bajando, uno de los dos nos tenemos que arrimar para que pase el otro. Suspiro con paciencia hasta que veo que esto de esperar no es buena idea y decido bajarme.

—¿Puede arrimarse?, ¡necesito pasar para ir al trabajo! —grito para que me escuche.

Lamentablemente, parece que la persona del interior que no distingo muy bien no me ha escuchado porque sigue intentando que su vehículo coja tracción sin ningún éxito. Decido empezar a tocar la bocina a ver si así me hace caso. En ese instante se baja una mujer.

—Podría apartarse un poco que voy al trabajo, por favor —pido acercándome a ella.

Lo que obtengo por respuesta es el mismo silencio, me quedo parada con cara de gilipollas mirándola, para ver qué cojones es lo que hace y por qué me ignora de esa forma. La mujer mira la situación de su coche y vuelve a entrar en el vehículo para volver a intentarlo, y obtiene el mismo resultado, sus ruedas patinando sin llegar a coger tracción ninguna.

—Madre mía, que al final me va a liar el día esta simplona.

Suspiro y me acerco para decirle o rogarle si hace falta que me deje pasar. Camino hasta ponerme a su altura, golpeo el cristal. La mujer del interior me mira con cara de querer

matarme y yo le hago señales para que baje la ventanilla, lo que obtengo de ella es que vuelva a acelerar y me ponga perdida el pantalón.

—¡Qué cojones te pasa! —grito apartándome del coche.

Estoy cabreadísima y cuando la veo salir del coche de nuevo voy a por ella.

—¿Has visto cómo me has puesto? Me vas a pagar la tintorería.

Ella ni me mira, vuelve la vista a un lado y coge unos palos que hay tirados y se regresa.

—¿Eres sorda? Joder, no puedo encontrarme desde temprano con alguien como tú. Eres muy desagradable.

Me cabrea de tal manera que sujeto a la mujer por el brazo para que me mire y ella se zafa de mí tras colocar los palos en la rueda.

—Si me vuelves a tocar te llevas un guantazo —me dice mirándome fijamente.

—Anda, pero sí habla y todo. Aparte el coche de la carretera de una jodida vez.

—Es lo que estoy intentando y tú solo gritas. Me estás poniendo nerviosa, si te esperas un poco las dos podemos conseguir lo que queremos. Así que deja de gritarme y apártate.

—Me ignoras, me llenas la ropa de barro y la culpable soy yo.

—No vuelvas a tocarme —me advierte antes de subirse al coche y cerrar la puerta de un portazo.

Arranca y comienza a patinar, hasta que consigue esta vez coger tracción y yo correr a un lado, ya que con la fuerza que ha acelerado los palos que ha colocado pueden salir volando. Una vez empieza a subir, abre la ventanilla y saca la mano enseñándome el dedo corazón alzado.

—¡Gilipollas! —grito.

Conduzco lo más rápido que la carretera me permite hasta llegar al edificio, por suerte encuentro aparcamiento y vuelvo a coger la mochila con una muda de ropa. Corro para subir a los ascensores y llegar a la oficina, mientras rezo para no encontrarme con mi jefe.

Una vez en la planta, las puertas se abren, mi mala suerte se hace latente cuando tengo de frente a Esteban, pero por suerte está con Martín.

—¿Fuiste a una lucha de barro? —pegunta Matías riendo.

—No ha sido una buena mañana.

Veo como Esteban mira el puto reloj, cualquier día juro que se lo hago comer.

—Voy a cambiarme —digo mostrando la mochila.

El dueño de la empresa asiente y cuando creo que ya el susodicho no me va a decir nada de la hora y el tiempo que me queda para sentarme en mi escritorio escucho su voz.

—Deberás quedarte quince minutos por llegar tarde.

—Lo sé, no hace falta que me lo repitas cada día —me atrevo a decirle, ya que Matías está delante.

Él nos mira expectante y me hace un gesto asintiendo con la cabeza para que me vaya y coge a Esteban del brazo y le dice que le acompañe a su despacho.

—Esto se pone interesante y yo me lo voy a perder —susurro con una sonrisa en los labios.

Al salir Lourdes está en su puesto, antes ni me fijé si estaba o no y voy directa a mi sitio.

—Hola —saludo sentándome para después encender el ordenador.

—¿Qué has hecho?

—Nada, ¿por qué?

—Matías le ha debido decir algo a Esteban, me ha dicho que cuando volvieras del baño fueras a su despacho.

—Bufff.

—Sí, buff, el amigo no tenía muy buena cara.

—Lo que está claro es que Matías no sabe cómo es Esteban —susurro levantándome de mi mesa para ir a la oficina del antipático.

Doy dos golpes en la puerta y cuando escucho que me da paso la abro y me quedo parada en el sitio por si tengo que echar a correr hacia afuera.

—Pasa y toma asiento, por favor —dice con una amabilidad que me extraña.

Hago lo que me pide y tomo asiento en una de las sillas que tiene en frente suya.

—Pues ya me dirás que hago aquí.

—Creo que he sido muy duro contigo y olvida lo que te he dicho de los minutos extras, ruego, me disculpes por mi carácter de estos días.

Espera un momento, que este gilipollas se me está disculpando y yo no lo estoy grabando, mierda. Es que si se lo cuento a Lourdes no me va a creer, no sé si poner a grabar con el teléfono y pedirle que lo repita, si creo que haré eso.

—¿Me estás escuchando? —pregunta llamando mi atención.

—Sí, perdona. ¿Podrías repetir la disculpa?

Él me observa con cara de ira y mira al teléfono, me doy cuenta de que tiene el altavoz puesto porque la luz roja está encendida. Las disculpas son una jodida farsa, lo que sí que puedo hacer es sacarlo de sus casillas.

—Discúlpame de nuevo, es que no me creo lo que dice…

—Sé que me he portado mal estás semanas con vosotros, entre el estrés del viaje, coger una empresa nueva, cambio de país y demás, he estado demasiado correcto, pero prometo que a partir de hoy y con la ayuda inestimable de don Matías voy a ser mejor jefe para todos.

Cuando intento hablar, el capullo que tengo por jefe pone un dedo en mis labios y aprieta la mandíbula con fuerza, yo no puedo más que levantarme de la silla, aceptar sus disculpas y huir de ese despacho. Una vez sentada en mi mesa, Lourdes me está hablando, pero yo tengo los ojos de Esteban llenos de rabia, mirarme fijamente y esa imagen no sé si me la podré sacar de mi mente.

Capítulo 3

—¿Para qué te quería? —pregunta mi compañera nada más sentarme.

—Después te cuento y es mejor que no nos vea hablando.

Lourdes me hace caso y no comenta nada más, yo me quedo mirando fijamente para la puerta del despacho de Esteban que, si antes dudaba de que pudiera ser un cretino, ahora ya no tengo ninguna duda sobre ello.

Trabajo en silencio, por suerte he estado tan liada que no he prestado atención si mi jefe ha salido o no de su despacho. Cuando me concentro en lo que estoy haciendo es como si mi alrededor dejara de existir y eso es lo que me ha pasado.

—Nos vamos a desayunar —dice Lou tirando de mí.

—Déjame terminar esto.

—Ni de coña, no aguanto más sin saber qué ha pasado en el despacho y, sobre todo, ¿por qué has aparecido llena de barro?

Tira de mí hasta que hace que me levante, decido que es mejor hacerle caso, cojo el bolso y camino junto a ella hasta los ascensores. Una vez en la cafetería mi amiga me mira inquisitivamente para que comience a hablar, pero yo, para hacerle rabia, la observo, entrecierro los ojos y le hago un gesto diciendo que no entiendo que es lo que quiere.

—Suelta de una vez todo, pero lo primero que pasó en ese despacho.

Primero le relato el encuentro con Esteban y Matías por el que después me llamaría a sola a su despacho, después le conté lo que me pasó con el cretino que tenemos por jefe.

—No me jodas que había alguien al otro lado de la línea —dice sorprendida.

—Eso parecía y ese alguien creo que era Martín, no sé si le ha llegado algo de cómo se está comportando ese tío y ha abierto algo los ojos cuando ha visto cómo me trataba.

—Ahora debes tener cuidado, Vera, ese tío te tiene entre ceja y ceja y si encima has hecho que Matías le eche una bronca va a ir a por ti sin contemplación.

—Lo sé, aunque también sé que puedo hablar con Matías decirle cómo se está comportando.

—Yo ahora tendría cuidado, Esteban va a hacerle ver que eres una irresponsable, has de espabilar y nada de llegar a última hora como estás haciendo, estás dos semanas, que llevas una racha.

—No deja de llover, llevamos más de una semana así y está todo embarrado y es muy peligroso.

—Sal antes —comenta como si eso yo ya no lo hubiera hecho.

—Lo hago, incluso hoy me he levantado más temprano, para que no me pasara como ayer y voy y me encuentro a una gilipollas remilgosa y estúpida en la carretera.

Mi amiga al escucharme se echa a reír.

—¿Qué? —pregunto sin entender por qué se ríe.

—Madre mía, ¿te ha faltado llamarla por algún adjetivo más?

—Es una realidad, y sí, me faltó, mal educada.

—Y todo eso, ¿por?

Le cuento lo que me pasó con esa mujer y como terminé llena de barro tras ella volver a derrapar.

—Lo peor de todo es que me ignoraba, la muy…

Lou le ha entrado un ataque de risa y la muy capulla no puede ni vocalizar algo que se le entienda, mientras a mí me vuelve el cabreo en pensar en esa mujer.

—No le veo la gracia.

—Porque no has visto tu cara contándolo. El cabreo que debías tener sería monumental —logra decir cuando se calma.

—Buah, es que te juro… —no sigo hablando para que no me entre la mala leche e intento suspirar para tranquilizarme.

—Ahora en serio, debes salir antes de lo antes que estás saliendo, porque…

—Lo sé, coño, no puedo cagarla o me pondrá de patitas en la calle y encima tendrá alguna excusa por impuntualidad o a saber qué mierda pone en la carta de despido.

—Su procedimiento es, lo primero, amonestaciones, así lo hizo con Antonio.

Ahora que lo nombra tiene razón. El señor llevaba toda su vida en la empresa y este cabrón se lo cargo por bajo rendimiento tras venir de una baja de larga duración por un infarto. Antonio le quedaban apenas tres años para jubilarse y ese capullo lo despidió sin titubear.

—Solo espero que haya denunciado a la empresa y le devuelvan su puesto o al menos una indemnización por ser improcedente.

—Yo también espero que haya puesto una demanda, pero no lo sabremos hasta dentro de unos meses, sabes que esas cosas van despacio.

—Ya.

Una vez terminado el desayuno entro, ya que Noelia no ha salido para poder pedir la cuenta y con la charla ya casi la hora se nos ha echado encima.

—La cuenta cuando puedas —pido al chico de la barra.

—Ya no quieres que te la dé yo —escucho detrás de mí.

—No es eso, es que tenemos algo de prisa.

—Últimamente a menudo lleváis prisa.

—El trabajo —intento justificarme.

El chico me da la cuenta y muestro la tarjeta para pagar, él trae el datáfono, pulsa el importe y yo pago, al girarme me doy de frente con Noelia.

—Lo siento —me disculpo.

—No lo sientas, Vera, no me importa que te choques conmigo —susurra sensual.

Intento no darle importancia a lo que me acaba de decir, me vuelvo a disculpa para esquivarla y salir del establecimiento.

—Espera —me pide sujetando mi brazo.

Miro al exterior a ver si veo a mi amiga y me salve de esta, pero no logro verla.

—Tengo prisa, Noelia.

—Podríamos quedar fuera de nuestros trabajos —afirma.

—Vera, quieres espabilar que vamos a llegar tarde —escucho a mi amiga que me ha salvado de la situación incómoda que se había producido.

Pongo cara de disculpa y salgo de la cafetería, agarro del brazo a Lou y acelero el paso para llegar a las oficinas.

—Ahora te entran las prisas —protesta.

—Mierda, Lou, que Noelia me ha dicho de quedar fuera de nuestros trabajos.

—Anda mira, si has ligado.

—Muy graciosa, que es una cría.

—Una cría que quiere darte un meneo.

—Joder, qué bruta eres. Aparte está…

—La estúpida regla que te ha puesto tu hermana y que ella que no sigue, porque que esté tonteando con una mujer de cuarenta y cinco años, teniendo ella veinte ocho, no sé yo de sus reglas.

—No sé para qué te cuento las cosas, no solo es su regla, sino la mía, que no puedo estar con alguien tan joven.

—Qué es un polvo, no es que te vaya a jurar amor eterno. También sé que está ese miedo que tienes, pero o te atreves o jamás estarás con nadie —dice poniendo los ojos en blanco.

—¿Y si quiere algo más? —pregunto alzando las cejas.

—Adiós a la diosa del sexo, pues si ella busca algo más, que lo dudo, le dejas claro que solo es sexo antes de tirártela, es fácil, Vera, lo que tú solo intentas complicarlo todo desde que te separaste. Atrévete de una jodida vez.

Tras decir eso ella continúa su camino hasta su mesa, mientras yo le doy vuelta a lo que me ha dicho y es una realidad, me boicoteo a mí misma.

—Eso va a tener que cambiar —susurro convencida, caminando hasta llegar a mi mesa.

Capítulo 4

La mañana siguiente me despierto antes para llegar pronto al trabajo, sé que a partir de ahora no puedo cagarla, porque Esteban estará esperando la mínima para hacer de las suyas. Como cada mañana, lo primero es Max.

Salgo de casa y parece que la lluvia ha dado tregua, aunque está todo embarrado. Las temperaturas siguen bajas y ahora para rematar se ha metido viento. Una vez cierro la puerta de la finca miro el reloj satisfecha, hoy llegaré pronto.

Conduzco con cuidado porque la visibilidad es poco y de pronto veo a mi vecino con el coche parado y los cuatro intermitentes puestos, cuando voy a intentar rebasarlo me doy cuenta de que está pasando el rebaño de ovejas y parece que ni el pastor ni ellas tienen mucha prisa.

—¡Me cago en mi suerte! —grito frustrada.

Espero con paciencia, sé que tocar la bocina es un error y que nadie tiene la culpa de mi suerte ahora mismo.

—Solo son unos minutos —intento convencerme

Tras varios minutos el coche de delante comienza a caminar y yo respiro tranquila de que ya ha pasado todo el peligro. Como era de esperar a los pocos metros mi vecino se para en el bar del pueblo y yo sigo hasta el desvío que va a Montaña Alta. Comienzo a bajar todo lo rápido que puedo hasta que veo el mismo panorama que ayer, cierro los ojos pensando que debe ser una jodida broma y que no puede ser que esa mujer vuelva a estar atrapada en el mismo lugar.

—¿Está por joderme el día? —pregunto bajándome del coche cabreada después de arrimarlo a un lado al igual que hice ayer.

La muy mal educada no me contesta, ayer tenía excusa porque al principio estaba en el interior del coche, pero hoy no tiene ninguna, ya que está fuera.

—¿Eres sorda?

La mujer alza la vista y fija su mirada en la mía y un escalofrío recorre mi cuerpo cuando la veo ponerse recta y dirigirse caminando hacia mí.

—Desde que me he cruzado contigo todo me sale mal —asegura pegándose demasiado a mí.

—Puedo decir exactamente lo mismo —logro decir.

—Todo esto es por tu culpa —dice poniendo un dedo en mi pecho.

Agarro su mano y la aparto, al hacerlo es como si me quemara, no sé qué coño me pasa, pero tengo claro que tengo que salir de ahí como sea, ya que todas mis alertas han saltado con esa mujer.

—A parta tu coche de una jodida vez para poder pasar —digo caminando para dirigirme al mío.

—¡¿Qué crees que estoy intentando hacer?! —grita cabreada.

—Que te apartes, te digo.

—Si no lo hago, ¿qué vas a hacer? —pregunta poniendo sus manos en la cintura de forma retadora.

—Es mejor que no lo sepas. Haz lo que hiciste ayer, pero aparte el jodido coche.

Entro dentro de mi coche y cierro la puerta mientras ella sigue mirándome y yo solo

quiero que se largue y poder llegar al trabajo, ya después gestionaré qué coño me pasa con esa impresentable.

Veo con desesperación cómo el coche sigue patinando y lo que hizo ayer ya no le sirve y no lo entiendo. Me vuelvo a bajar cabreada para mirar los neumáticos, debe tener algo mal, no es normal lo que le está pasando.

—Sueltas demasiado rápido el embrague —suelto acercándome.

—Lo que me faltaba ahora es que me dijeras cómo debo mover el coche.

—Pues hay algo que estás haciendo mal.

—Es la carretera —asegura.

—Ya, eso dicen todas las que no saben conducir.

—Gilipollas —suelta enfadada.

No sé por qué, pero me entra la risa y eso hace que se cabree aún más de lo que está y que cuando me pongo en la parte trasera para mirar que es lo que pasa, la muy zorra acelere y me llena de barro de arriba abajo.

—Me cago en la puta, tú eres gilipollas o qué coño te pasa —protesto intentando limpiarme las manos.

La muy gilipollas se baja del coche riendo, mientras yo sigo maldiciendo a esa mujer tan desconcertante.

—Estaba probando lo del embrague, por si tenías razón y tenía que volver a tomar clases de conducción.

—De conducción no sé, pero de educación, sí.

Intento no entrar en su juego, aunque sé que lo he hecho de lleno y aprovecho que sigue riéndose de mi desgracia y miro los neumáticos dándome cuenta de que están lisos.

—¿Haces rally? —digo señalando las gomas—, porque como los tienes no es ni medio normal.

—Están bien —asegura.

—Una mierda, has de cambiarlos, o te juro que llamo a la guardia civil para que mañana esté por la zona.

—¡Qué miedo!, vas a llamar a la Guardia Civil.

—Mira, es mejor que me largue a mi casa, a cambiarme. Solo te advierto una cosa, como vuelva a bajar y te vuelva a ver, te juro que te paso el coche por encima —la amenazo.

—Huy, qué valiente eres.

—Que te den —respondo alejándome de ella.

—Podrías hacerlo tú.

Tras escucharla muerdo mis labios y aunque paro de caminar, sé que no puedo girarme porque el cabreo que tengo y la excitación que me produce esa cabrona soy capaz de subirla al capo de su coche y montármelo con ella en este mismo instante. Sigo caminando y una vez dentro la veo a través del cristal delantero de mi coche y allí sigue parada sin apartar la mirada. Saco mi lengua despacio y la paso por mis labios de forma descarada, enciendo mi coche y doy marcha atrás hasta poder dar la vuelta y alejarme del pecado que me acaba de poner el universo delante.

Una vez vuelvo a llegar a mi casa y ver la hora que es cojo el teléfono y le escribo a Lou diciéndole que he tenido otro percance con la del BMW y que llegaré tarde. Cuando termino de ducharme y cambiarme salgo de la casa lo más rápido que puedo y me doy cuenta de que el coche de la mujer que me ha hecho temblar hoy está en el bar del pueblo.

—Encima borracha —afirmo sin saber por qué realmente está allí.

Cuando llego a la oficina y se abren las puertas del ascensor veo a Esteban apoyada en una mesa con una sonrisa triunfa, miro el reloj y veo que ha pasado media hora de mi hora de llegada. Ahora entiendo por qué no he recibido respuesta de Lourdes a mi *WhatsApp*.

—Vera, a mi despacho.

No respondo, ni puedo, ni quiero, ni tengo ganas de entrar en una discusión con ese ser. Entro delante de él y una vez sentado empieza el recital del petardo de mi jefe.

—Como sabes —comienza a decir calmado—, no podemos tolerar, esta actitud y usted últimamente la está repitiendo varios días.

Anda mira ahora el pavo, este me trata de usted, de pronto le ha entrado la educación. Debes ser que ayer Matías le recordó quién es el que manda.

—Debo descontarte parte del día y tendrás una amonestación por llegar tarde.

Él sigue hablando, pero yo ahora mismo estoy en el momento que la tipa del BMW me ha llenado de barro y se reproduce en mi cabeza esas carcajadas tras verme cómo me había dejado y noto como se me eriza la piel por el recuerdo. No puede ser que me esté pasando esto con esa loca.

—Vera, Vera.

—¿Eh?

—¿Si tienes algo que decir?

Lo miro fijamente y antes de que mi boca suelte alguna burrada de las que se me pasan por la cabeza, solo estiro mis labios y niego con la cabeza, porque si ahora mismo digo lo que estoy pensando en lugar de firmar una carta de amonestación, voy a firmar el despido, porque solo tengo ganas de saltar encima de la mesa y darle un bofetón por gilipollas.

—Pásate por Recursos humanos después y se te entregará la carta.

Es que mira que me intento de contener, de decirle cosas, pero es que me lo pone a huevo.

—No tenemos departamento de recursos humanos.

—Cierto. No me acordaba de que aquí quien lleva eso es Lourdes. Es tu amiga, ¿verdad?

Suspiro para que me vea que estoy intentando calmarme.

—A ver, Esteban, nos caemos mal, muy mal. Fingir que no es así, es una tontería, firmaré lo que me digas y te ruego que no me busques, porque mi paciencia tiene un tope y si pierdo este trabajo, no me importará hablar con Matías sobre la clase de tipo que ha contratado.

—A mí no me amenaces —dice golpeando la mesa que del susto me hace botar en la silla.

—Vaya, no te hacía agresivo, Esteban —aseguro alzando la ceja.

—Lárgate de mi despacho, y que sepas que te descontaré todos los días que has llegado tarde, ya está bien de tanta estupidez.

—Es el primer día que llego tarde.

—¡Qué te largues! —grita señalando la puerta.

Capítulo 5

Salgo del despacho apretando la mandíbula por no seguir diciéndole lo mierda de persona que es, intento respirar profundo mientras camino a mi mesa.

Tomo asiento y veo la cara de enfado de Lourdes, sé que cuando vayamos a desayunar me va a tocar interrogatorio, así que agacho la cabeza a modo de disculpa y me pongo a trabajar antes de que Esteban salga y le dé otro motivo para que siga jugando con mi sueldo.

La mañana pasa más lenta que de costumbre, parece que los minutos no pasan. He mirado de reojo un par de veces a mi amiga y el cabreo que lleva es grande porque ni siquiera me mira, no me ha dicho absolutamente nada. Vuelvo a mirar la hora en mi ordenador y quedan veinte minutos para irnos a desayunar y llevarme la bronca de mi compañera.

—Toma —escucho a Lou a mi lado mostrándome un papel.

—¿Qué es?

—Una carta de amonestación.

Miro a mi amiga con desgana y al ver que no cojo el papel lo deja en mi mesa y se va a la suya.

—Debes firmarla, pon no conforme, pero firma.

—No es justo —protesto.

—Yo no he dicho que lo sea, solo cumplo órdenes.

—Pues…

—No me toques más las narices y firma, ya hablaremos cuando vayamos a desayunar.

No protesto, cojo el papel que ha dejado encima de mi mesa y comienzo a leer, es una advertencia leve cuando haga tres estaré en manos del capullo que tengo por jefe. Decido firmar porque no tengo otra opción y poner no conforme y la fecha. Le entrego la carta a mi amiga y me vuelvo a mirar mi monitor.

—Vamos a desayunar —me indica levantándose de su asiento.

Cojo mi bolso y voy detrás de ella como un perrito, la que debe de estar cabreada, soy yo y no ella, pero parece que a la que han amonestado es a mi compañera.

—Se puede saber qué te pasa? —pregunto una vez en el ascensor.

—¿Qué me pasa? Joder, Vera, te lo dije, ven temprano, ese gilipollas está esperando la mínima para quitarse personal de encima y contratar a gente de su confianza.

—Tengo una explicación.

—Si últimamente solo tienes excusas tontas para lo que te está pasando —comentan saliendo del ascensor y caminando a paso rápido hasta la salida.

—En serio que hay una explicación, te juro que salí antes.

—Más te vale que tu excusa de mierda hoy sea creíble porque últimamente solo haces la idiota.

Nos sentamos en la mesa y pedimos lo que vamos a desayunar, su cabreo debe ser grande porque mi amiga se ha pedido una tila.

—Estoy esperando a que me digas a que se debe lo de esta mañana.

—A la morena del BMW.

—Eso ya no cuela, Vera. Te dije que salieras antes.

—Y salí con antelación, en serio, pero entre que Jaime sacó las ovejas después de

ordeñarlas y que todo seguía embarrado. Cuando llegué a la misma altura de donde me la encontré ayer, allí estaba con el coche parado de nuevo.

—Bueno, pero si saliste antes, aunque te la encontraras, llegarías justa, pero no lo que has tardado hoy.

—Hay más.

—Pues cuenta ya, que me estás poniendo de mala hostia.

—Pensaba que ya estabas —digo intentando hacerme la graciosa.

—Que hables de una vez.

—Que ya voy, chica, ¡qué carácter!

—Han amonestado a mi amiga, a casi una mitad de mí por llegar tarde, y soy yo la que ha redactado la dichosa carta de las narices, y la que te va a descontar no solo el día, sino los gastos que conllevas, es decir, la parte proporcional de la seguridad social y me dices que tengo carácter. Todavía tienes suerte que te hablo y no te haya dado un guantazo para que espabiles de una vez.

Me recuesto en mi silla y escucho a Lou suspirar tras soltar todo lo que tenía dentro. El puto cerdo me va a descontar todo, incluso habiéndome quedo a trabajar, esto no se quedará así, tengo que hacer algo, no sé exactamente el qué o cómo, pero algo haré.

Le cuento todo lo que pasó con la mujer de la subida y cuando termino, Lou intenta sin éxito contener la risa, aunque estoy por darle una colleja por reírse de mi desgracia, la verdad es que la prefiero así y no con la cara de mala hostia que traía.

—Es como una jodida pesadilla. Ya no sé qué carajo hacer, tiene que cambiar los neumáticos o volverá a pasar.

Noelia nos sirve el desayuno y se agacha a mi lado.

—Este es mi número de teléfono, por si quieres que nos veamos fuera de aquí —susurra para después incorporarse y marcharse.

Abro el papel y veo cómo me había indicado un número de teléfono y no sé muy bien por qué anoto el número en mi agenda. Dudo si mandarle un *WhatsApp* o no, pero el recuerdo de lo que me hizo sentir la morena del BMW hace que le mande un mensaje.

Yo: *Este es mi número. Quizá sí que me interese tu propuesta.*

Escribo y miro a mi amiga que está en silencio observando lo que hago. Le enseño el teléfono para que lo lea y cuando creo que ha pasado el tiempo necesario vuelvo a girar la pantalla y le doy a enviar.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —pregunta Lourdes.

—No te entiendo.

—Con Noelia, ¿por qué ahora sí que puedes tener sexo con ella?

—No he dicho que vaya a tener sexo —comento encogiéndome de hombros.

—Me has dejado leer lo que has puesto.

—¿Y?

—Pues que le dices que te puede interesar su propuesta, y hasta donde yo sé, no creo que sea para jugar a las cartas.

Noelia vuelve a la mesa y yo la miro desconcertada porque no sé para qué ha venido. Se coloca dándole la espalda a mi compañera y me mira fijamente.

—Pon un día ya, no quiero que te eches para tras —dice agachada a mi lado.

En ese momento muerdo mis labios por el atrevimiento de la camarera y aunque estoy nerviosa por lo que me está diciendo, no es como me pasó con la morena, es como de incomodidad, porque para ser sincera no quiero nada con Noelia, realmente ni siquiera

entiendo que cojones me pasa para que haya hecho lo que acabo de hacer y es acariciar su brazo y guiñarle un ojo, si es que encima soy idiota.

—Un día —exige.

—El sábado —suelto antes de echarme para atrás.

—Perfecto, te mando la ubicación de mi piso.

—Vale —respondo.

Noelia se agacha y deja un beso en mis labios y se marcha. Me recuesto en la silla bajo la atenta mirada de mi amiga.

—Me vas a contar que está pasando o voy a tener que adivinarlo.

—No creo que lo adivines.

—Yo creo que sí, solo hay que ver la cara que pones cuando hablas de ella.

—¿Ella?

—La morena.

—Bufff, es una borde de narices y me pone malísima.

—Eres más rara, Vera —dice riendo—. Mira que molarte esa mujer.

—No busques explicación, porque yo tampoco la tengo, pero me pasó hoy, fue algo raro, joder, que se me erizo la piel cuando sentí su contacto —respondo avergonzada tapándome la cara.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, mientras alza la mano, para pedir la cuenta.

—Nada, entre esa mujer y yo no va a pasar nada, somos totalmente incompatibles, es arrogante, estirada, estúpida…

—Pero te pone perrísima —resuelve con una sonrisa.

—No digas eso.

—Es lo que me acabas de contar. ¿Qué sientes cuando ves a Noelia?

—Que es una cría —resuelvo encogiéndome de hombros.

—¿Y con la morena?

No tengo respuesta para eso, aunque su recuerdo vuelvo y sonrío una que delata que esa mujer que me saca de quicio si la hubiera conocido en otro contexto estaría muy probablemente en mi cama. Esa mujer con ese carácter debe ser…

—Despierta chica —escucho a Lou chasquear los dedos delante de mí y sacarme del trance—. A saber, qué guarra estarías pensando.

—Mierda, estoy perdida.

—Debes aclararte, no utilices a Noelia para sacarte a esa mujer, Vera, o la vas a cagar.

—Ya —respondo dejando salir todo el aire de mis pulmones.

—El desayuno lo pagas tú, por los nervios que me has hecho coger hoy.

—No, Lou, que me va a descontar un día de trabajo, por eso deberías de pagármelo tú.

—Una mierda, así aprendes y no vuelves a llegar tarde con ese tipejo.

Mi compañera se levanta y la camarera llega con el datáfono para cobrarme, tras hacerlo me guiña el ojo y se va a la barra.

—Genial Vera, a ver cómo sales de esta —susurro levantándome para ir al edificio de oficinas.

Capítulo 6

Llego a casa y como siempre Max me recibe saltando para que le preste atención, es un drama cada vez que regreso del trabajo, es como si lo hubiera abandonado a su suerte durante días. Le hago los mimos que él quiere y le pongo la comida, para después ir a recoger el baño que deje esta mañana tirado.

Una vez recogido, saco la comida de la nevera para calentar el guiso que hice ayer por la tarde. Abro el microondas y cuando le doy para que caliente se escucha como algo en su interior da un chasquido que hace que me asuste.

—Me cago en la leche —protesto mirando al aparato.

Empiezo a olfatear por si se ha quemado y parece que no huele a humo, abro la puerta y la vuelve a cerrar y parece que el aparato ha muerto, porque no hace absolutamente nada. Miro el horno para saber si es que se ha saltado la palanca de la cocina y veo que sigue encendido, ya que se refleja la hora en él.

—Esto tiene que ser una jodida broma.

Voy al cuadro de palancas por si acaso y suspiro de tranquilidad cuando veo que una de las palancas está bajada, figura en el nombre enchufes, que no entiendo cómo no está conectado en la palanca de la cocina, pero ahora eso es lo de menos, la subo y vuelvo a la cocina. Le doy a la rueda de nuevo y veo con desesperación que no hace nada.

—Me cago en mi mala suerte.

Saco la comida y la caliento en un caldero mientras pienso que el microondas tampoco es que lo necesite, que puedo vivir sin él. Me pongo a comer y a mi cabeza viene el recuerdo de la morena y me cabreo por lo que me hace sentir esa mujer. Una vez término recojo la cocina y decido que me pondré a ver una peli y que me haré como postre unas palomitas. Abro el mueble de las porquerías y me doy cuenta en ese momento que sin el aparato que hace un momento dije que no necesitaba no puedo hacerme las palomitas.

—Miraré un video de *YouTube* a ver cómo puedo hacerlas —resuelvo.

Tras mirar, sale un video explicativo de cómo hacerlas en el sartén, aunque advierten que hay que tener cuidado o la bolsa se puede quemar. Dispongo todo para hacerla, miro la cocina y la bolsa de las palomita, pienso que con la suerte que estoy teniendo últimamente quizá queme la jodida casa.

—Buff, iré a la tienda de Esperanza que seguro que tiene alguno barato.

Salgo de casa y me dirijo a la tienda que vende un poco de todo. Aparco y veo que el coche de la morena está aparcado un poco más adelante. Me bajo del coche y voy hasta su coche para comprobar si al menos ha cambiado los neumáticos, viendo con desesperación que la capulla no ha cambiado absolutamente nada.

—Tengo que saber quién es y qué coño hace en el pueblo.

Entro en la tienda y me pongo a mirar la zona donde tiene los microondas, por suerte hay uno en oferta que vale un poco más de cincuenta euros. Pienso que en lo que lleva de día ya he perdido más de cien euros, entre el día y ahora el dichoso aparato.

—Esperanza, ¿tienes algo más barato que esto? —pregunto intentando racanear a la señora a ver si puedo conseguir algo más económico.

—No —escucho que responde.

Cojo uno y al girarme la veo, la morena está detrás del mostrador y con una sonrisa

estúpida en los labios.

—Necesito que me atienda Esperanza.

—Pues eso es un problema, porque ella no está.

—Ella no dejaría esto en manos de alguien como tú.

—Es que esto —dice señalando toda la tienda—, ahora es mío.

—Ja, una mierda. Necesito que me atienda ella o su marido.

Me ignora y pasa el lector de código por la caja y tras hacerlo me mira y me indica el precio. En ese momento me doy cuenta de que puede ser real que Esperanza no esté porque aquí las cosas se hacían todo a mano, la señora no sabe ni lo que es un lector de códigos de barra.

—No están ni Esperanza ni Pedro, ahora si no te importa me pagas.

—Esto es gratis, porque hoy he perdido el día de trabajo por tu culpa —digo cogiendo el microondas para salir de la tienda.

—¿No te atreverás a hacer algo así?

La ignoro y salgo hasta llegar a mi coche, ella está gritando algo, pero realmente no sé qué es lo que dice, meto en el maletero la caja y espero un poco, se lo pagaré, pero será cuando la saque un poco de quicio.

En lo que estoy esperando veo a Carmen caminando como suele hacer todas las tarde y al verme se para hablar un rato.

—¿Es verdad que Esperanza y Pedro han vendido la tienda? —pregunto con curiosidad.

—Sí.

—Pues la tía que lo lleva ahora es una antipática —reconozco.

Carmen comienza a reírse por lo que acabo de decir y asiente.

—Bueno, no es así, lo que la pobre no hace más que dar explicaciones de quién es.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo es la gente del pueblo y que quiere saber la vida de todo el mundo y si es nuevo mucho más. Ella es sobrina de Pedro y Esperanza.

—¿Sobrina?, pero si jamás la he visto.

—Es porque siempre ha estado en la ciudad, se ha separado y ha decidido cambiar de aires, la pobre mujer no lo está pasando muy bien aquí.

—Porque es una idiota.

Carmen me mira entrecerrando los ojos y yo le explico todos los encontronazos que he tenido con ella.

—Sonia es buena gente —asegura.

—¿Sonia?

—Sí, la sobrina de Pedro. Ahora está viviendo en Montaña Alta, hasta que termine de arreglar la casa que está encima del local, es por eso que te la encuentras todos los días.

—Por eso y porque no cambia los jodidos neumáticos.

—Esta mañana ha ido Jorge a ayudarla con eso.

—Encima tiene a tu marido de recadero. Mira, yo no sé cómo la aguantas.

—Es la prima de mi marido, Vera.

Acabo de caer que Jorge también es sobrino de Pedro, ahora me siento avergonzada por lo que le he contado.

—Mierda, pero es que me saca de quicio.

—Te entiendo, Jorge ya le ha dicho que cambie los neumáticos, pero dice que no tiene tiempo.

En ese momento vemos que aparca un coche de la Policía Local y Matías nos saluda para después entra en la tienda.

—Ves, ya la ha liado con algo —digo señalando a la tienda con la cabeza.

—Quizá van a comprar algo, Vera.

—Es ella —escucho a la morena decirle a Matías y señalarme.

—¿Qué has hecho? —me pregunta Carmen.

—Nada —respondo encogiéndome de hombros.

Capítulo 7

Matías me mira serio y yo no entiendo por qué me está señalando esa mujer.

—Se ha llevado el microondas sin pagármelo —me acusa Sonia.

—¿Has hecho eso? —pregunta Carmen.

—Sí, y no —respondo cuando el policía ya está a mi lado.

—Explícate —me pide Matías.

—Es cierto que salí con el Microondas, pero pensaba pagarlo.

—Miente, me dijo bien claro que era porque había perdido el día de trabajo.

—Es verdad, por tu culpa hoy me han sancionado por llegar tarde.

—Pues te debes levantar antes, encima de ladrona, indisciplina.

—Mira, guapa, si tú cambiaras los jodidos neumáticos, yo no hubiera llegado tarde si tú…

—¡Ya basta! —grita el agente sobresaltándonos.

Nos quedamos en silencio. No puede ser que ahora me vea envuelta en algún problema con la policía por culpa de esa mujer.

—A ver, Vera, has salido del local con un artículo sin pagarlo, ¿es correcto?

—Sí, pero… —no me deja que siga hablando porque levanta la mano para que no siga.

—Ella dijo que le aseguraste que no lo ibas a pagar, ¿es correcto?

—No.

—Mentirosa —suelta Sonia, que se había mantenido callada a las preguntas del agente hasta ahora—, me dijiste que no me lo ibas a pagar.

—Era una jodida broma, si todavía sigo aquí.

—Porque te entretuvo Carmen —asegura Sonia.

—A mí me dejan al margen de esto —expone Carmen que parece divertirle la escena.

—Matías, que yo no quería robar nada. Era solo para fastidiarla.

El agente resopla cansado de escucharnos, sé que no lo he hecho bien, pero de ahí a que esa loca haya llamado a la policía, que vivimos en un pueblo que se pensaba que iba a desaparecer.

—Quiero poner una denuncia por robo.

—¿Estás de broma? —pregunto mirándola fijamente.

—¿Dónde tengo que ir a poner la denuncia, señor agente? —pregunta la muy zorra.

—Podemos arreglar esto sin llegar a interponer una denuncia, por favor —pide el agente.

—Claro —respondo—, yo se lo pago ya y listo. Te aseguro que no volverá a pasar.

—Quiero que aprendas a respetar la propiedad ajena y aunque me pagues interpondré la denuncia igual.

—Sabes que utilizar la justicia para estas cosas no es correcto, Vera le va a pagar —le dice Matías.

—Es mi derecho como ciudadana denunciar a alguien por hurto.

—Vaya ahora es abogada y todo. Qué te voy a pagar pesada.

—¿Me recoge la denuncia aquí o debo desplazarme a Gáldar?

—Esto tiene que ser una jodida broma —susurro mirando a Carmen.

Matías le indica a Sonia que entren en la tienda para hablar mientras yo sigo fuera con Carmen.

—Es que es odiosa —escupo cabreada.

—No entiendo la guerra que hay entre vosotras.

—Es una estúpida, ya te lo dije.

—Sé cómo es Sonia y te aseguro que no es lo que acabo de ver.

—Pues parece que ha llegado al pueblo a joderme la vida. Desde que me he cruzado con ella es como si una maldición me hubiera caído.

—Qué bruta eres.

—Te juro que es así, entre el gilipollas de mi jefe que hoy me ha descontado el día y ella, mi vida tranquila ha cambiado en días.

—Yo me voy, ya después me cuentas el chisme completo —dice riendo la muy cabrona.

—Muy graciosa.

Carmen me da dos besos para seguir caminando y yo la sujeto del brazo porque tengo una pregunta que ella me puede responder.

—¿Sabes si le gustan las mujeres? —suelto lo más rápido que puedo la pregunta.

Ella me mira sonriendo.

—Parece que, aunque te saque de quicio te interesa, ¿eh?

—Mira, déjalo, no sé por qué te he hecho esa pregunta.

Carmen se va y la muy cabrona no me ha respondido.

—Vera, necesito que pagues el dichoso microondas —dice Matías saliendo de la tienda.

Me mantengo en silencio y cojo mi bolso que había dejado dentro del coche cuando me puse a hablar con Carmen y me dirijo a la tienda.

—Cóbrate —le digo extendiendo la tarjeta.

Marca la cantidad en el datáfono y paso la tarjeta. Una vez se acepta la operación la miro fijamente.

—Ya está pagado, ahora espero que dejes de decir que te lo he robado.

—Eso lo dirá un juez —asegura ella.

—No sirve esa denuncia, he pagado, no entiendo por qué tu empeño de joderme.

—Debes aprender que las cosas no son como tú quieres, Vera.

Miro a Matías esperando que me diga que no va a interponer la denuncia, pero este solo se encoge de hombros.

—Si quieres guerra la vas a tener, Sonia —susurro apoyándome en el mostrador.

Estoy inclinada manteniéndole la mirada y de forma inconsciente mi vista baja hasta sus labios que en ese momento se me antojan exquisitos, pienso en que se sentirá en morderlos para después pasar mi lengua por ellos.

—Sonia, debes bajar a la comisaria para ratificar la denuncia —es la voz del agente la que me saca del estado en el que me ha sumido mis pensamientos.

—¿En serio piensas seguir con esto? —pregunto a Sonia.

—Sí —asegura retadora.

—Perfecto. Matías podemos hablar fuera.

Matías suspira y siente, salgo junto al agente y me coloco al lado del coche de la dueña de la tienda.

—Quiero denunciar que está conduciendo con neumáticos que no están en el estado que debería y que es un peligro en la carretera, por eso he llegado tarde dos días seguido al trabajo.

El agente resopla poniendo los ojos en blanco. Creo que es la primera vez que ha trabajado tanto en su vida. Siempre está por el pueblo y la media antes cosas entre vecinos,

se le da bien dialogar con la gente, aunque esta vez con esa porculera ha perdido la batalla y va a tener que redactar una denuncia.

Él observa los neumáticos y va al coche a coger una pieza, vuelve al coche y mide la altura del dibujo de las gomas y pongo los ojos en blanco, porque no tiene casi dibujo.

—Vaya, pues sí que están mal —dice pasándose una mano por el pelo.

—¿Y has necesitado esa cosa para saberlo?

—No tengo que explicarte cómo hacer mi trabajo —dice cabreado.

—Perdón —me disculpo sabiendo que ya me estoy pasando de lista.

Se dirige de nuevo al coche y saca el boletín de denuncia y comienza a redactarla por el estado de los neumáticos, saca fotos y yo muerdo mis labios aguantando las ganas que tengo de saber que al menos una pequeña batalla le voy a ganar a la tipa esa. Una vez termina de redactar la denuncia, va a la tienda y le extiende el papel.

—¿Qué es esto? —pregunta mirándonos fijamente.

—Debes cambiar los neumáticos, no puedes seguir circulando así.

—Debe ser una broma, ¿verdad? —dice ella.

—Son las consecuencias por andar con unos neumáticos en mal estado —digo con una sonrisa en mis labios.

—Eres una… —no sigue con la palabra, decide suspirar antes de insultarme.

—Esto es la guerra —aseguro saliendo de la tienda.

—¡Zorra! —grita cabreada.

Me meto en mi coche sabiendo que he podido sacar de quicio a esa cabrona y que como le dije esto recién comienza, porque a malas no hay quien me gane.

Capítulo 8

Llego a casa y está aparcado en mi puerta de entrada a la finca Carlos con su Toyota Hilux y una idea se me cruza en mi cabeza, sé que él también tiene un Santana viejísimo y sonrío por la maldad que se me pasa por la cabeza.

—Ya lo quito, Vera, que estaba llevando leche a mi hermana.

Su hermana tiene la finca pegada a la mía y muchas veces él aparca en mi entrada.

—No te preocupes, Carlos.

El tiempo por suerte ha mejorado en cuanto a lluvia, nos ha dado tregua y lleva desde esta mañana sin llover y eso se agradece, aunque todavía sigue todo mojado y las temperaturas siguen bajas y la neblina a esta hora se adentra en el pueblo.

—Oye, Carlos —digo para llamar su atención.

—Sí.

—¿Sigues teniendo el Santana? —pregunto aunque sé la respuesta.

—Claro, ese coche no lo quito.

—Tú me lo dejarías para poder bajar mañana, es que hay un tramo en la carretera que me está costando pasar con mi coche —miento.

—Es lo que tiene los coches modernos, esos Suv que venden ahora no sirven para nada —asegura, y en realidad tiene razón.

—Ya, pero sabes que conseguir ahora mismo un coche de segunda mano como esos es bastante complicado y más el modelo que tienes.

—Lo sé, por eso no lo vendo ni de broma.

—Entonces, ¿me lo puedes dejar?

—Claro, solo te pido que tengas cuidado. Ya sé que lo has cogido otras veces, pero ten mucho cuidado, Vera.

—Lo tendré, Carlos, como si fuese mío.

—Vamos a mi casa y haces el cambio ya si quieres —propone.

Algunas veces he cogido el coche de Carlos para ayudarle con la cosecha, confía más en mí que en su cuñado, que es bastante bruto para conducir, según él sirve para el trabajo duro, pero para el cuidado de los coches ni de coña y es verdad, porque ya se ha dejado los bajos del Toyota Corolla que tiene más de una vez entrando a su finca.

Voy tres fincas más arriba y hago el cambio de coche y le agradezco que me lo deje y le aseguro que solo será por un día, que ya ha parado de llover y que es por asegurarme no llegar tarde mañana.

La mañana siguiente despierto contenta, primero porque es viernes y segundo porque hoy, aunque me encuentre con la morena, no voy a dejar que me joda el día. Abro la puerta a Max y le pongo la comida, el jodido se ha acostumbrado a estar fuera todo el día, da igual que llueve, él se pone en la terraza delantera y ahí es feliz y yo lo soy al verlo.

Salgo de casa y comienzo a bajar la carretera de la discordia y ahí está parada, pero hoy está apoyada en el coche mirando su teléfono. Me cabrea que sabe que tiene un problema y no le ponga solución.

—Buenos días —digo bajándome del coche.

Me mira con los ojos entrecerrados, creo que no se esperaba que apareciera con ese

coche.

—Buenos días —responde volviendo su mirada al teléfono.

—Veo que no has cambiado los neumáticos.

—Lo haré mañana.

—Pues aparta tu coche para poder pasar.

—No puedo, se ha quedado de nuevo ahí y no voy a insistir o al final quemaré el embrague.

—¿Te piensas quedar todo el día ahí? —pregunto alzando una ceja.

—No —responde seca.

—Pues apártate o te aparto.

Sonia alza la vista y fija su mirada en mí, mete en móvil en el bolsillo trasero y camina hasta donde estoy yo.

—¿Cómo piensas hacerlo? —pregunta demasiado cerca de mí.

Muerdo mi labio inferior, todavía no sé qué coño, me hace sentirme atraída por esa mujer, tiene una actitud altiva, de chulería y creo que es eso lo que me hace desearla como lo estoy haciendo ahora. Cuando pasa su lengua descaradamente por su labio superior me recorre un escalofrío que me hace apartar la mirada y una sonrisa sale de sus labios.

—¿Te gusta joderme?

—He de confesar que se ha convertido en mi pasatiempo favorito —asegura, atrapando mi brazo para que no me aparte de ella.

—Suéltame.

Ignorada mi exigencia y pega su cuerpo al mío, pasa sus dedos por mis labios y lejos de apartarla, abro la boca para que ella descaradamente cuele uno dentro y lo lamo. El deseo crece en mi interior y noto que ella comienza a respirar con dificultad, no sé qué mierda pasa, pero quiero que me aparte, o juro que no podré controlarme más.

—Para —pido agitada.

—No quiero —susurra pegada a mi boca.

No puedo controlarme y atraigo su cabeza para que nuestros labios se fundan en un beso desesperado y ansioso que las dos deseamos. Su lengua se cuela en mi interior y yo creo estar en el cielo. Nuestras manos recorren nuestros cuerpos con desesperación, sus manos se cuelan por debajo de mi abrigo y aunque estén frías necesito que calme todo el calor que estoy sintiendo ahora mismo. Es el sonido de mi teléfono lo que nos hace separarnos. Saco el teléfono maldiciendo la mala suerte y veo que es Lourdes.

—Dime.

—Espero que estés bajando y me hayas cogido el teléfono con el manos libres.

—Estoy por el camino.

No recibo respuesta y me corta, miro el teléfono confundida y cuando alzo la mirada Sonia está junto a su coche.

—Necesito que apartes el coche —le pido calmada.

—Estoy esperando a Jorge.

—Joder, deja caer el coche un poco y lo apartas, no me jodas más, Sonia, por favor.

—No puedo dejarlo caer si lo hago, no sé si frenara por cómo está la carretera.

—Pues si no te aparte te aparto.

—No te atreverás, ¿verdad?

—Claro que sí —aseguro subiéndome al coche.

Subo al coche y lo pongo en marcha y doy un acelerón, camino un poco y doy a la

palanca de 4x4 para accionarlo y comienzo a bajar.

—No me jodas, Vera, Jorge ya viene, ¡me vas a destrozar el coche! —grita sin apartarse.

—Tranquila lo haré con cuidado —aseguro.

La morena pone las manos en el capo y me suplica que pare que intentara dejar caer el coche, pero que no lo aparte, estoy disfrutando tanto con la cara que está poniendo, que voy avanzando poco a poco hasta que tiene que apartarse porque estoy a punto de que nuestros parachoques se toquen.

—¡Ya viene! —grita desesperada.

Miro por el retrovisor y veo que como me ha gritado Jorge ha aparecido. Paro el avance y Jorge cuando llegue se baja del coche y va donde estamos nosotras. Le dice a su prima que ya no vendrá más, que debe arreglar los neumáticos mientras yo sonrío por la bronca que le está echando.

—¿Ibas a ayudarla, Vera? —me pregunta Jorge.

—Sí, claro —miento.

—Mentira, iba a golpear mi coche para apartarlo. ¡Está loca!

Jorge niega con la cabeza y no entra en ninguna discusión, imagino que Carmen le habrá dicho lo que ha pasado ayer entre nosotras.

—Vera da para atrás y pasa por la finca de Luis y así podrás rebasarla, para yo remolcarla.

—Perfecto —respondo accionando la palanca de marcha atrás.

—¿Qué podías pasar, por otro lado, y me iba a echar el coche encima?, te voy a denunciar por intento de atropello.

—Yo creo que tienes un problema con lo de las denuncias, ¿te has enamorado de Matías? Aquí los problemas no se solucionan con la policía, Sonia, eso debes de entenderlo.

—Aquí por lo que parece se solucionan con robar y agredir a los vecinos.

—Eres bastante exagerada. Yo puedo acusarte de besarme sin mi consentimiento.

Jorge decide meterse en el coche y comenzar a maniobrar para ayudar a su prima, se ha cansado de escucharnos.

—Me has besado tú —dice cabreada.

—Ya quisieras, guapa. Ahora debo de ir a trabajar, espero no volver a verte más.

—Yo tampoco quiero volver a verte.

—Por fin están de acuerdo en algo —se escucha a Jorge—, ahora yo tengo prisa, así que si me dejan sacar el coche.

Hago lo que me dijo Jorge y saco el coche atravesando la finca de Luis e incorporándome un poco más abajo y así puedo rebasar el coche de la morena.

Capítulo 9

Entro en la oficina diez minutos antes de la hora, miro y Esteban no está por allí, voy a mi sitio y tomo asiento bajo la atenta mira de mi compañera que como siempre está antes de la hora.

—¿Y esa cara? —pregunta una vez estoy sentada.

Le hago un gesto de que no entiendo a qué se refiere.

—Tu sonrisa, ¿a qué se debe?

—He llegado antes de tiempo —respondo alzando las cejas.

—Enhorabuena, Vera —dice riendo.

—Estúpida —respondo en tono burlón.

No logro concentrarme porque la imagen de Sonia está en mi cabeza, no sé qué es lo que me pasa, pero cada vez que recuerdo el beso de hoy una sonrisa estúpida me sale de forma inconsciente. ¿Puede ser que esa mujer me haga volver a sentir? El miedo por un momento se apodera de mí y saco esa idea de mi cabeza.

—Vamos a desayunar —exige Lou tirando de mí.

—Faltan cinco minutos —índico señalando el reloj.

—Para la mierda que estás haciendo. Que llevas media hora intentando contestar el mismo correo.

Miro la pantalla y vuelvo la mirada a mi compañera, tiene razón, llevo un rato para responder algo que haría en unos minutos. Cojo mi bolso y salimos de las oficinas hasta llegar a la cafetería.

—¿Me vas a decir que te pasa?

—Nada.

—¿Es por lo de la amonestación?

—Sí —miento.

—No debes preocuparte de eso, solo llegar a la hora y listo. Sabes que es un cabrón, no le des el gusto de suspenderte de empleo y sueldo.

—Ya se quedó con un día de mi sueldo.

—Eso está por ver, porque, aunque te lo haya dicho, no es legal lo que quiere hacer y más que hiciste tu jornada laboral. Es un arrogante y bastante gilipollas, pero no es idiota, aunque lo parezca.

—Tendré que esperar a ver mi nómina a final de mes.

En ese momento llega Noelia y nos toma la comanda, antes de irse me guiña un ojo y yo suspiro sabiendo que la he cagado con ella.

—¿Qué vas a hacer con ella? —pregunta Lou mirando cómo se va la camarera.

—Nada.

—Pues sé clara, porque ella espera algo de ti.

—Estoy hecha un lío —reconozco tapando mi cara.

—¿Por?

—Sonia.

Lourdes me mira con cara interrogante y exigiendo saber quién es Sonia.

—La morena del BMW.

—Como no te explique mejor, no sabré por qué ese lío.

Le relato a mi amiga todo lo que me ha pasado desde ayer con Sonia, como supe su nombre, de quién es sobrina y lo que pasó con la policía.

—Joder, la tía no se anda con chiquitas.

Sigo relatándole que hice que la denunciara la policía por los neumáticos y que le pedí el coche a Carlos por si me la encontraba esta mañana.

—Y no lo hiciste, porque hoy llegaste pronto —resuelve ella sin dejarme seguir contando.

—Sí que me la encontré —confirmo con una sonrisa.

—Mierda, ese es la sonrisa que traías esta mañana. ¿Qué pasó?

—Nos besamos —resumo.

—¿Y?

—Nada, sonó el teléfono y nos separamos.

—Vaya, qué mierda lo del teléfono.

—Fuiste tú, zorra.

Lourdes comienza a reír y yo me contagio.

—Eso es que debía de llamarte —dice encogiéndose de hombros.

—Realmente no sé qué hubiera hecho si no llegas a llamar, esa mujer es…

—Estás perdida, querida amiga.

—Lo sé —reconozco.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, no tengo ni puta idea.

—Déjate llevar y que pase lo que tenga que pasar, no te pongas barreras, Vera.

—Es insoportable.

—Tú también lo eres cuando te pones gilipollas.

—Deberías de apoyarme y no decir que soy eso.

—Es que es lo que eres, te has puesto a hacer la idiota desde que te has separado y cuando encuentras a alguien que puedes tener algo huyes y encima es que discutes como si fueras una cría.

—Me saca de quicio.

—Y te pone cachonda —dice agarrándome la cara para que la mire—. Deja de hacer la gilipollas y habla con ella o simplemente date la oportunidad de conocer a gente, si no es Sonia que sea otra, incluso Noelia, pero deja de encerrarte en tu casa y sal de una jodida vez que nadie va a ir a tocarte la puerta para echar un polvo.

—Qué vulgar eres hablando a veces.

—Intenta desviar el tema, Vera, pero sabes que en lo que digo tengo razón.

—Estoy acojonada, Lou —reconozco por fin—. La primera vez que la vi me saco de quicio, pero había algo en ella que me llamaba la atención.

—Pues quédate con eso.

—Es que es una locura, ¡que hace tres días que la conozco!

—Es que siempre se dice que las lesbianas sois muy intensas.

—Idiota —protesto golpeando su hombro.

Nos traen el desayuno y no ha venido Noelia, sino su compañero, en ese momento sé que debo hablar con ella y dejarme de tantas tonterías, que de las dos la más inmadura, en este caso parezco yo. Siempre están los prejuicios de la edad, pero la realidad es que, aunque Noelia sea joven, está muy centrada.

—Voy al baño —me excuso con Lou para levantarme e ir a los servicios, aunque antes le

hago una seña a Noelia para que me siga si puede.

Espero con paciencia apoyada en el lavamanos, tras un rato de espera que se me hace interminable la puerta se abre y es Noelia.

—Hola —saluda ella mordiéndose los labios.

Suspiro intentando borrar esa imagen de mi cabeza, porque, aunque por ella no siento lo mismo que he sentido con Sonia, es cierto que la chica es bastante mona y que si ella quisiera podría estar con quien le diera la gana y no intentando liarse con una mujer de treinta y nueve años.

—Esto no puede ser, Noelia, yo ahora mismo…

Ella no deje que continúe, pone un dedo en mis labios y pega su cuerpo al mío.

—Me lo imaginaba —susurra—. Solo quiero que sepas que estoy aquí si necesitas cualquier cosa, hablar, una noche de sexo, lo que quieras, Vera. Sin compromiso ninguno.

Trago saliva porque la muy cabrona tiene arte para la seducción y yo al fin y al cabo no soy de piedra.

—Gracias por entenderlo.

—No me queda de otra que aceptar tu rechazo.

—No es un…

—No sigas. ¿Me dejas darte un último beso? —me pide casi rozando sus labios con los míos.

No soy capaz de responder, solo asiento y ella agarra mi nuca para atraerme y que nuestros labios recorran el poco espacio que quedaba. Noelia es descarada y hace que me apoye bien en el lavabo, su lengua recorre mi boca y sus manos mi cintura. Es un ruido en el exterior lo que nos hace separarnos.

—Joder —suspiro por lo que acaba de pasar.

—Puede ser mejor si quieres, Vera.

Noelia sale del baño y yo intento mantener mis pulsaciones calmadas. Salgo y voy a la mesa donde espera mi amiga.

—Pensaba que te habías perdido —protesta una vez tomo asiento.

—Lo de Noelia ya está resuelto.

—Ya veo, porque estás roja. ¿Mucha pasión?

—Muy graciosa.

—No has respondido, ¿qué ha pasado?

Le relato lo que pasó y le confirmo que Noelia si quiere algo va a ir a por ello sin importarle una mierda si quieres o no, ella tiene un cometido y va a ir a por él hasta las últimas.

—Mira, espero que hayas aprendido algo de ella.

—Ya sabía besar —contesto poniendo los ojos en blanco.

—Me refiero a ir a por lo que quieres.

Me mantengo callada y comienzo a desayunar, sabiendo que hoy la adulta en ese baño fue Noelia y no yo, y que como dice Lou debo ir a por lo que quiero y dejarme de tantas tonterías.

Capítulo 10

Llego a casa y Max me espera impaciente a que le dé la comida. Hoy he tardado algo más en llegar, ya que he pasado por el supermercado y he terminado comiendo en un restaurante que hay cerca donde preparan un solomillo con verduras y puré de patatas exquisito.

Cuando estoy colocando la compra mi teléfono comienza a vibrar y lo saco de la parte trasera de mi pantalón para mirar la pantalla, al hacerlo veo el nombre de Matías reflejada en ella y miro al techo esperando que Max no haya hecho de las suyas como solía hacer cuando se quedaba más tiempo de la cuenta solo y se pasaba a las fincas de mis vecinos.

—¿Sí?

—Vera, necesito que hablemos.

—Ya lo estamos haciendo, Matías, si es porque Max ha corrido detrás de alguna oveja, es casi imposible, porque cuando he vuelto él estaba en la finca.

—No es sobre el perro de lo que quiero hablar, estoy en la entrada. ¿Podrías bajar?

—Claro, ya voy —respondo y cuelgo la llamada.

Vuelvo a meter el móvil en mi pantalón y camino hacia la puerta de salida, cojo las llaves de la entrada y la chaqueta. Bajo intentando no embarrarme hasta llegar a la puerta de acceso y ver que Matías está uniformado y que Rodrigo, su compañero, está dentro del coche policial.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada.

—Sonia ha vuelto a llamarnos para quejarse.

—Y a mí que me cuentas, Matías. Ya has visto lo agresiva que es esa mujer.

—Es sobre ti. Por suerte la llamada la cogió Loli y le dijo que yo subiría en el turno de tarde. Argumenta que casi la atropellas esta mañana.

—¿No la creerás?

—No lo sé, Vera. Ayer lo que pasó, después tú con sus neumáticos y ahora esto. Que las dos utilicen a la autoridad para vuestro conflicto no está bien.

—Qué yo no he intentado atropellarla, Matías —resoplo cabreada.

—Pues en el bar Jorge cuenta cómo las dos discutías y que…

—Joder, que no pretendía hacerle nada, solo asustarla.

—Yo no sé qué pasa entre vosotras dos, lo que tengo claro es que esto tienen que arreglarlo. Sabes que vivimos en un pueblo pequeño y que nos ha costado mucho que el ayuntamiento haya aceptado tener alguna vez una patrulla por la zona para que ahora la nueva se dedique a llamarnos para tonterías, las cosas aquí se arreglan antes de llamarnos. Por suerte solo fue una llamada la que hizo y no bajo a interponer ninguna denuncia.

—Lo sé. Hablaré con ella y lo arreglaremos.

—Eso espero, mira que pensaba que quien más lata iba a dar eran los viejos del pueblo con sus linderos y si una oveja se pasaba a pastar a lo suyo, jamás pensé que la que me traería con estos líos fueses tú.

—Ya te he dicho que esto se arreglará —repito cabreada.

El policía asiente y se sube al coche, espero que se aleje y yo me planteo si subir y coger el coche o ir caminando hasta la tienda de la morena. Decido que es mejor caminar un poco, porque ir en coche con la mala leche que tengo sería empotrarlo contra su preciado BMW.

—Debes calmarte —me digo mientras camino a paso rápido.

Una vez llego a la tienda veo que está con alguien, me adentro y espero paciente a que atienda a la persona que debe ser nueva, porque no la reconozco. Últimamente, está llegando mucha gente que decide cambiar de aires y salir de la masificación que se ha vuelto la ciudad. Aquí puede encontrar paz y tranquilidad, aunque tengas que conducir algo más de cuarenta y cinco minutos para llegar a la capital.

Miro las neveras porque la que tengo el congelador es pequeño y debo cambiarlo, aunque como dice Lou soy de la cofradía del puño y asegura que moriré con esa nevera, si no es que me da el coñazo antes y muere como me hizo el microondas.

—¿Qué haces aquí? —escucho a mi espalda la pregunta de Sonia.

Me giro y la tengo delante de mí con sus manos colocadas en la cintura esperando que yo diga algo y ahora mismo lo único que me provoca es molestarla.

—¿Has perdido los modales?

—Contigo sí.

—Vaya, no me esperaba esto de una mujer de ciudad.

—Ya ves. ¿Has venido a disculparte? —pregunta dibujándosele una sonrisa en sus labios.

—No, he venido a decirte que pares de joder, que dejes de utilizar a la policía para resolver tus problemas, que ya somos mayorcita para solucionarlos como adultas.

—La policía está para algo, hasta ahora no he hecho un uso indebido.

—Me has denunciado, Sonia, por un robo que no he cometido —digo acercándome a ella para que nuestros cuerpos choquen.

—Merecida la denuncia —responde nerviosa.

Sé que esto es un juego peligroso y que el acercamiento hacia la mujer del BMW me tiene acojonada, pero hay algo que me empuja hacia ella, a molestarla, a picarla, incluso a seducirla y hacer que me desee tanto como yo lo estoy haciendo ahora mismo.

—No estoy de acuerdo en eso.

—¿Por qué?

—Porque yo podría denunciarte también, Sonia —susurro en su oído.

Ella se mantiene en silencio mientras en el local solo se escuchan nuestra respiración, sujeto su cintura y en ese momento siento que estoy perdido y que ya no hay marcha atrás, me separo un poco y miro a la puerta de la entrada para comprobar si viene alguien.

—He cerrado —afirma agitada.

Esta vez soy yo la que tira de ella y nuestras bocas se unen en un beso más apasionado que el de esta mañana, donde nuestras manos, se van despojando de la ropa que llevamos hasta llegar al mostrador y comprobar que nadie puede vernos desde donde estamos. A pesar de eso, Sonia se separa y tira de mí para ir al interior de la tienda donde hay un sofá y me hace sentarme, mientras ella se quita los pantalones para sentarse ahorcajadas encima de mí.

—Tócame —me pide agarrándome una mano para llevarla a su sexo.

La siento suspirar cuando cuelo mis dedos entre las bragas y el deseo que siente la hace echar la cabeza hacia atrás, yo aprovecho para agarrar unos de sus pechos y morderlo mientras sigo moviendo mi mano en su sexo.

No sé el tiempo que estamos dándonos placer, solo que cuando me doy cuenta es de noche y la oscuridad se ha apoderado de la zona donde estamos, solamente se ve la luz de la tienda encendida.

Estamos las dos tumbadas en el sofá y siento vértigo, uno grande, casi incontrolable, me he sentido demasiado bien con Sonia, hacía demasiado tiempo que no sentía esto y lo único

que se me pasa por mi cabeza es huir, salir corriendo de esa tienda y no volver a verla.

—Es mejor que me vaya —razono levantándome del sofá y buscando mis bragas.

Sonia no dice nada, solo se incorpora y busca su ropa interior para ponérsela. No sé si es mejor que siga callada o que diga algo, porque el silencio me parece inmensamente incómodo y no sé ni cómo actuar.

Cuando llego a la tienda busco mi abrigo y la camiseta que fue lo primero que desapareció de mi cuerpo, una vez tengo todo voy a salir, me doy cuenta de que falta mi móvil y vuelvo a ir donde estaba mi pantalón, pero allí no hay nada, recuerdo que me empujó hasta el mostrador, cuando voy a acercarme para comprobar si está allí ella lo hace primero y coge mi móvil para entregármelo.

—Gracias —es lo único que sale de mis labios antes de salir corriendo de la tienda.

Capítulo 11

Llegué a casa nerviosa, el recuerdo de Sonia se había instalado en mí y el miedo se apoderó de mi interior. Hacía tiempo que no me sentía tan bien, fue sexo en un momento de cabreo, pero, aunque yo intente autoconvencerme de eso, la realidad es que para mí fue algo más y eso me tiene cagada.

He pasado un fin de semana casi encerrada, viendo series y abriéndole la puerta a Max para que entre y salga a su antojo. El domingo me había llamado Matías tres veces, pero no quería cogerlo, lo culpaba a él por lo que había pasado, aunque no fuese así.

Ahora voy conduciendo para llegar a la oficina, por la misma carretera que me encontraba a la morena, aunque por precaución he salido antes. Como era de esperar no está y no hay ni rastro. Siento un nudo en la garganta y una tristeza en mi interior, sé que coincidir con ella, ahora debe ser de forma consciente, de ir a hacerle una visita o con algún pretexto a la tienda, y la realidad es que yo no quiero eso, yo lo único que deseo ahora mismo es no haberla conocido, para así no tener este mar de dudas en mi interior.

Llego a la oficina y veo que Lourdes todavía no ha llegado y no soy consciente de que he llegado cuarenta cinco minutos antes hasta que enciendo el ordenador y miro la hora en la pantalla.

Comienzo a responder los correos y a hacer lo que tengo pendiente, ya tenemos que generar las facturas para cobrar los servicios a las empresas y debo incluir cualquier servicio extra a cada uno para poder hacerlo.

—¿Te has caído de la cama? —pregunta Lourdes colocando su chaqueta en la silla.

—No quería llegar tarde.

—Vaya cara llevas, chica.

—No he pasado un buen fin de semana.

—¿Y eso? —pregunta tomando asiento.

Me encojo de hombros como respuesta y menos mal que solo hago ese gesto porque delante de nosotras está Esteban con las manos apoyadas en la mesa de mi compañera mientras nos mira fijamente.

—Muy divertido hablar en horas de trabajo.

Prefiero ignorarlo y no entrar en su juego, ya que hoy no estoy para sus gilipolleces. Así que respiro con tranquilidad y miro la pantalla.

—Ten un poco de educación y responde, Vera—me dice Esteban.

—No tengo nada que decirle —contesto sin mirarle a la cara.

Eso por lo que parece lo hace cabrear y termina apoyado en mi mesa.

—Haré lo que haga falta hasta verte fuera de aquí —susurra con rabia.

Lo miro con una sonrisa en mis labios que hace que esa ira suba y apriete la mandíbula, sabe que no puede hacer nada, a no ser que me echo y me pague mi indemnización, aunque después solo por joderlo denunciaré a la empresa y me van a tener que devolver el puesto de trabajo.

—Con este ambiente de trabajo no podemos seguir —suelta Lourdes de pronto sorprendiéndonos a los dos.

—Anda si la mosquita muerta habla.

Hay algo en Esteban que indica que no está bien, siempre ha sido un arrogante y

gilipollas, pero hoy estas provocaciones no es normal en él.

—Estamos bastante cansadas de su actitud —vuelve a hablar Lourdes.

—¿Quieres perder tu puesto de trabajo? —pregunta con los ojos rojos e incorporándose —. ¡Parece que hoy es día de tocarle los cojones al jefe! —grita el gilipollas.

—Es mejor que se vaya —indico poniéndome de pie.

—¿Si no?

—No le tengo miedo, Esteban, a mí de esta empresa es la única que le da igual perder el trabajo —miento—. Yo no tengo una hipoteca que pagar, así que por su bien es mejor que vuelva a su despacho hacer lo que cojones haga y nos dejes a los adultos trabajar —digo cansada de su actitud.

—Estás despedida.

Lo que no me esperaba era lo que vino después y es que mis compañeros se pusiera de pie y ninguno quisiera trabajar, en un momento se había montado un caos en la asesoría, tanto fue así que a la hora Matías estaba en la oficina. Por suerte nadie se calló y todos contaron en las condiciones que estábamos trabajando los últimos meses, Matías avergonzado, no sabía ni que decir, aunque sí que tomó una decisión y fue que Esteban no iba a pisar más la empresa.

—Vera, a mi despacho —escucho decir al dueño de la asesoría.

Suspiro para intentar relajarme antes de ir a hablar con él. Camino hasta su despecho y Matías me espera con la puerta abierta y me hace pasar.

—Toma asiento —me indica.

Hago lo que me pide y espero que él haga lo mismo, mientras por mi cabeza pasan mil situaciones y ninguna es buena para mí.

—Confiaba en ti —comienza a decir—, esperaba que si el que ponía aquí era un puto gilipollas como el que he puesto, tú me lo terminaría diciendo, pero he visto que no ha sido así.

Cuando intento interrumpirle el alza la mano para que lo deje continuar.

—Eso solo puede significar, que hice las cosas mal, y que debí de hablar contigo como estoy haciendo ahora, y pedirte que si algo salía mal me lo dijeras. Sabía que eras la rebelde del grupo de trabajo que he formado, a la que no le gustan las injusticias y la que va a luchar por los derechos de sus compañeros como si fueran los suyos propios, pero no sé qué ha pasado, que no ha sido así. No es tu culpa, es mía, Vera. Al final hoy te has plantado y ha salido todo, y aunque me cabrea que hayan pasado meses, si esto ha pasado es por ti. Así que esta vez no voy a tomar una decisión errónea, esta vez quiero que seas tú quien te quedes al frente de esto.

Escucho las palabras de mi jefe y contengo la respiración, estoy contenta por lo que significa su voto de confianza, pero sería injusto tener ese puesto.

—No crea que deba ser yo la indicada.

—Te subiré el sueldo como corresponde, si necesitas más personal podrás contratar…

—No es eso. Creo que la persona indica es Lourdes, ella lleva aquí más año que yo, y su carácter no es una bomba de relojería como el mío. Ella es la persona que buscas, Matías.

—A ella se la comen, Vera. No tiene el carácter suficiente para estar al frente de esto.

Me recuesto en la silla porque sé que lo que dice es cierto, Lourdes, aunque a mí me saque de quicio con nuestro personal es demasiado blanda.

—Hagamos algo —dice mi jefe.

—¿El qué?

—A ella se le da bien hablar con los empleados, mucho mejor que a ti.

—Eso es una realidad —reconozco.

—Pues que todo siga como hasta ahora, pero el superior para el personal es ella y tú para los clientes.

—¿Y entre nosotras?

—Vuestro superior directo soy yo. Y si tú tienes algún problema con el personal, hablarás con Lourdes.

Matías coge el teléfono y le indica a mi compañera que vaya a la oficina, en menos de un minuto está tocando la puerta y pasando. El dueño de la empresa la pone al día de los acontecimientos y ella me mira con una sonrisa y yo simplemente lo único que hago es encogerme de hombros, sé lo bien que le va a venir el dinero extra.

—Ahora hablemos del aumento de suelto —digo antes de salir a desayunar.

—Siempre tan directa.

—Al final son negocios, Matías —respondo alzando la ceja, mientras ellos dos se miran y niegan con la cabeza.

—¿Qué propones? —me pregunta.

—El sueldo que tenía Esteban lo divida a la mitad, una parte para Lou y lógicamente la otra para mí.

Nuestro jefe nos mira con el rictus serio, mi amiga aprieta mi mano en señal que está cargadísima por lo que acabo de proponerle y yo le mantengo la mirada al señor que tengo en frente.

—Me parece justo —reconoce al fin.

Nos damos un apretón de mano y vamos a salir del despacho y decido que quizá si aprieto un poco más puedo sacar algo.

—Necesitamos un despacho cada una.

—Vera, no juegues con fuego —responde dirigiéndose hacia nosotras.

—El despacho no hace falta —dice Lou.

—Claro que hace falta —insisto—, si viene un cliente donde lo atiendo, si un trabajador necesita hablar en privado a donde va. No querrá que nos reunamos en los lavabos, porque ahora mismo solo tenemos dos mesas contiguas y usted no querrá…

—Vale, ya. Tú —dice señalándome—, quédate con el despacho que tenía Esteban y tú —señala ahora a mi amiga—, con este. Confío en vosotras, si alguna me defrauda estaréis las dos en la calle.

—Perfecto —digo alzando la mano para cerrar el trato.

Salimos ahora sí del despacho y recogemos nuestros bolsos para ir a desayunar, aunque más bien por la hora que es casi almorzamos.

—Ahora me vas a contar por qué has venido tan temprano esta mañana —indica mi amiga arrastrándome hasta los ascensores.

—Sonia —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Has vuelto a encontrártela en la carretera? —pregunta en un susurro porque uno de los compañeros se acerca para subirse en los ascensores con nosotras.

Solo puedo negar con la cabeza, hasta llegar a la cafetería y contarle lo que pasó entre Sonia y yo el viernes por la noche.

Capítulo 12

Lourdes tira de mi impaciente hasta llegar a la cafetería y me obliga a sentarme, mientras me mira esperando que empiece a relatarle lo que me ha pasado.

—¿Qué desean? —pregunta el camarero.

Miro a mi alrededor buscando a Noelia, y la encuentro detrás de la barra. No nos mira y yo me siento la peor persona del mundo, porque quizá le he hecho coger ilusiones por mi miedo a lo que siento por la morena del BMW.

—Cuenta —me exige.

—Nos besamos.

—Eso ya lo sé —dice mostrándose impaciente.

—El viernes por la tarde nos volvimos a besar.

—Joder, Vera, empieza por el principio y como llegaste a que se besaran esa tarde.

Le relato a mi amiga como Matías me fue a buscar y me dijo que tenía que arreglar las cosas con ella, sigue relatándole lo sucedido hasta que al final me presenté en su tienda. He parado de hablar porque veo al camarero acercarse.

—¿Y? —pregunta haciendo espavientos con las manos para que continúe.

Cuando el camarero nos sirve lo pedido, clava su mirada en mí para que siga relatándole y así lo hago. Le cuento cómo al final terminamos en la trastienda, yo sentada en el sofá mientras ella se sentaba encima exigiendo que la tocara.

—Madre mía —suspira Lourdes después de escuchar lo que le he contado—. Que te has beneficiado a la del BMW.

—Sonia.

—Da igual como se llame, para mí es la del BMW, la morena, la que ha hecho que mi amiga por fin se le mojen las bragas.

Golpeo el hombro de Lou al escuchar esto último y ella se queja como si le hubiera pegado una paliza.

—Ya he mojado las bragas antes, idiota.

—Pero ninguna ha conseguido tenerte como lo ha hecho ella. Con todas has huido antes de…, ya sabes, ¿por qué con ella no?

—Sí que he huido, solo que no al principio, Lou. Hui después, salí corriendo de la tienda a mi casa y he pasado el fin de semana sin salir a ningún lado, no he salido a caminar como normalmente hago con Max, no hice nada, solo refugiarme en mi lugar seguro que es mi casa.

Lourdes me escucha atentamente mientras desayuna, deja que termine de hablar y se mantiene en silencio.

—¿No vas a decirme nada?

—Es un paso que te hayas dado cuenta de que huyes de las mujeres como si tuvieran la peste. Lo que me pregunto es lo que hizo que te saltases esa barrera inicial con Sonia.

—No lo sé —aseguro desconcertada.

—Quizá sí que lo sepas, pero tienes miedo de admitirlo.

—No entiendo lo que quieres decirme.

—Sí que lo sabes, Vera, ella…

—Me pone mucho, eso es todo. También he besado a Noelia.

—Porque sentías ya cosas por la morena.

—Ya. Joder, no sé qué hacer.

—Habla con ella —indica encogiéndose de hombros.

—Ni de coña, y si para ella solo he sido un polvo y ya. Te recuerdo que sigo denunciado por el robo del jodido microondas, aunque lo haya pagado.

—Le dijiste que te lo ibas a llevar gratis.

—Era una broma, Lou, sabes que eso no lo hubiera hecho.

—Ella no lo sabía, Vera. También puede ser que esté tan perdida como tú.

—¿Ella? —pregunto a mi amiga que asiente afirmando lo que me ha dicho—. Ni de coña, esa mujer tiene una seguridad que ya me gustaría tener a mí.

—A veces mostramos cosas que no son. ¿Qué es lo que sientes tú?

—Buff. Es complicado, me pone de los nervios, pero también es tenerla cerca y querer besarla para que se calle de una jodida vez y deje de protestar. Quiero volver a estar con ella, pero esta vez sin prisas ni miedos, ni tampoco salir huyendo… Mierda.

—Oh sí, mierda. Te has enamorado de la morena.

—No puede ser, ni tampoco pasar todo tan rápido, yo no soy así.

—No elegimos de quién nos enamoramos ni cómo, solo sucede y ya.

—No sé nada de ella.

—Ella tampoco de ti, Vera. Habla con ella.

—No puedo, Lourdes, el miedo a cagarla, a terminar enamorada hasta las trancas y no ser correspondida me puede.

—Eso pasará si no se sientan como dos mujeres adultas y dicen lo que os está pasando.

—¿Y si no quiere nada?

—Pues llorar, te limpias los mocos y estarás orgullosa de por lo menos haberlo intentado. Si algo he aprendido es que siempre duelen mucho más los casi algo, que las relaciones que no llegan a buen puerto. No dejes que el miedo te paralice como ha hecho hasta ahora. Vida solo tenemos una y hay que arriesgarse, es triste vivir con un quizá.

Me quedo en silencio mientras termino mi desayuno para poder volver a mi despacho. Sé que Lourdes tiene razón y debemos actuar como dos mujeres adultas y hablar de lo sucedido, pero no creo que pueda. Puto miedo a sufrir.

La semana va pasando, yo he intentado no salir de mi casa. Llego le pongo de comer al gordo y hago lo que tengo que hacer, para después dedicarme a ver series. Lourdes ha intentado que le hable de Sonia y yo como siempre cambio de tema, ya se ha dado por vencida y no me pregunta, sabe que si me atosiga con que si tengo que hablar con la morena no lo voy a hacer.

No sé nada de ella, ni siquiera me la encuentro por las mañanas, da igual que salga más tarde o más temprano, no me tropiezo con Sonia, ni siquiera veo aparcado el coche en la tienda. No sé si ha huido como hago yo o simplemente se la ha tragado la tierra.

El teléfono suena a mi lado, sacándome de mis pensamientos, miro la pantalla y veo que es Matías.

—¿Sí?

—Vera, te estuve llamando el domingo después de hablar y he estado tan liado que no he tenido tiempo de llamarte antes. Era para contarte algo sobre Sonia, aunque me imagino que ya lo sabes.

—No sé de qué me hablas Matías.

—Sonia ha retirado la denuncia que interpuso por el robo del microondas.

—Yo no he robado nada —protesto como una niña.

—No voy a discutir. Solo sé que el sábado vino a comisaría y retiro la denuncia alegando que ya lo habías abonado y disculpándose por lo sucedido, incluso se me disculpó por la llamada que hizo para quejarse de ti.

Me mantengo en silencio, no sé cómo responder, ni siquiera sé qué decir.

—¿Vera?

—Sí, perdona. Gracias por avisarme, no tenía conocimiento de ello, Matías.

—Me alegra mucho que hayáis arreglado las cosas entre las dos.

—Muchas gracias —respondo antes de colgar.

Miro el reloj y son las siete de la tarde, sé que la tienda cierra a las siete y media, sé que si me arreglo algo puedo llegar a la tienda y darle las gracias. Me miro en el espejo y sonrío porque en cualquier otro caso iría con el chándal que tengo a la tienda, pero como sé que la veré a ella no quiero presentarme así.

Capítulo 13

Camino a paso rápido hasta llegar a la tienda y me encuentro con que está cerrada, voy hasta la puerta y leo un cartel “Esta tarde estaremos cerrados”. Maldigo mi mala suerte, saco mi teléfono del bolsillo y busco el teléfono de Jorge a ver si sabe dónde puedo localizar a Sonia. Cuando voy a pulsar dudo si hacerlo o no, la realidad es que puedo esperar a mañana para hablar con ella.

Decido que mejor espero y vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo trasero del pantalón, cuando me dispongo a irme a mi casa escucho el motor de un coche y me quedo parada al ver que es ella con su BMW. Noto que no se ha dado cuenta de mi presencia, está hablando por teléfono y no con el manos libres. Apaga el coche y coge su bolso sin quitarse el teléfono de la oreja que lo sujeta con el hombro, sale del coche y una vez lo cierra se percata de mi presencia, no soy capaz de decir nada, solo nos miramos.

—Después te llamo —escucho decir tras colgar el teléfono.

Sonia me sonríe y a mí se me ha parado el tiempo, no entiendo como una sonrisa de esa mujer me puede volver tan gilipollas, no soy capaz de moverme, siento deseo por ella, no sé qué coño me pasa, porque nunca me había sentido tan vulnerable frente a alguien.

—Hola —dice Sonia acercándose a la puerta de la tienda.

Sin darme cuenta voy retrocediendo hasta que mi espalda termina pegada a la puerta contigua a la tienda.

—Hola —respondo nerviosa.

—Necesito entrar a la tienda por esa puerta —indica señalando la puerta donde yo estoy.

—Perdona.

—¿Querías algo? —pregunta mirándome fijamente.

Claro que quiero algo, quiero devorarla ahora mismo, que nuestros labios se unan y que sean ellos los que hablen. Centro mi mirada en ella y la veo con la boca entreabierta y la respiración agitada, en mi mente vuelven los recuerdos y en ese momento ella muerde su labio inferior haciendo que yo desvíe la mirada.

—Viene a darte las gracias por retirar la denuncia.

—¿Solo a eso? —pregunta acercándose más a mí.

—Sí —respondo mientras trago saliva nerviosa.

—Es una pena que solo hayas venido a eso, Vera.

Cierro los ojos con fuerza, porque es para lo único que la tengo, ya que ante ella soy demasiado débil y no sé si voy a aguantar mucho más sin abalanzarme sobre ella.

—Si me dejas pasar para poder entrar a la tienda te lo agradecería.

Me aparto y ella pasa a mi lado, abriendo la puerta lateral, la que da acceso a la vivienda y al almacén.

—¿Por qué has cerrado la tienda esta tarde?

—Eres una cotilla —indica sonriendo—. Tenía que recoger el coche del taller, me había cargado el embrague.

—Si hubieras cambiado los neumáticos…

—Shhh —dice poniendo un dedo en mis labios.

Abro la boca para meterlo dentro, pero ella es más rápida y lo quita antes de que yo pueda hacer nada.

—Adiós, Vera —indica para entrar en la vivienda.

—Y ya está, ¿te marchas así? —digo enfadada.

—Viniste a darme las gracias, ya lo has hecho. Creo que no hay nada más que hablar.

—Tienes razón, pero yo pensaba que…

—¿Qué?

Estoy nerviosa y ella lo nota, viene hacia mí y tira de mi brazo hasta que entramos y cierra la puerta de un portazo, hace que mi espalda se pegue a la pared y comienza a besarme.

—Espera, esto no está bien —digo, aunque nos seguimos besando.

Ella se separa un poco de mí y siento un vacío enorme, soy yo la que la vuelvo a atraer hasta mí para seguir besándonos, pero mis dudas vuelven a entrar y el miedo se apodera de mí.

—Vamos muy rápido —logro decir.

—Cállate de una jodida vez y déjate llevar por el momento, Vera.

Las palabras de mi amiga resuenan en mí "Atrévete" y termino por soltarme, dejándome arrastrar por el deseo y la impaciencia de volver a devorar nuestros cuerpos.

Terminamos tiradas en un colchón que tenía en una habitación de la trastienda, ahora miro al techo, no sé qué va a pasar después de esto, pero si algo estoy seguro es que estoy muerta de miedo.

—Perdona por no tener una cama decente. Sigo de reforma y con el coche en el taller, me era más fácil quedarme aquí que utilizar a Jorge de chofer, bastante lo he molestado ya.

—Es mejor que me vaya —resuelvo incorporándome.

—No hagas esto otra vez. Tenemos que hablar.

—Tengo miedo —confieso tapando mi cara.

Siento cómo me abraza por detrás y apoya su cabeza en mi espalda. Yo tengo miles de emociones que quieren salir en forma de lágrimas, pero muerdo mis labios para contener todo lo que estoy sintiendo.

—Yo también estoy cagada —afirma dejando un beso en mi espalda.

La morena se separa de mí y yo me giro para mirarla a los ojos.

—No tenía previsto esto, me he separado hace unos meses, vendimos la casa que teníamos en común y le compré esto a mis tíos, quería alejarme de la gente, quería sentirme realmente sola, aprender a convivir conmigo y quererme. Pero aquella mañana, cuando te vi bajar del coche, sabía que iba a tener un problema si te dejaba acercarte demasiado. Fui una borde de mierda, una estúpida, quería alejarte y, sin embargo, después intentaba volver a verte. No sé en qué momento exacto pasó, ni siquiera sé cómo, pero te habías colado tan rápido dentro que ya no podía hacer nada para sacarte, y mira que lo he intentado. Esta semana que no te he visto ha sido una jodida mierda, parecía que todo me salía mal. Necesitaba tu mala leche, que me sacaras de mis casillas, básicamente te necesitaba a ti. Sé que esto puede sonar a declaración de amor, pero solo quiero que sepas cómo me siento, Vera, porque como tú me acabas de confesar, te digo que estoy cargadísima de miedo con todo esto que está pasando y que sea todo tan rápido.

—Yo llevo más tiempo sola, pero estaba bien, me había acostumbrado. Me pasó lo mismo que a ti, cuando te vi sabía que iba a tener un problema, que hasta le dije a una chica de veinticinco años que podíamos tener algo. La realidad es que solo quería sacarte de mis pensamientos —resoplo poniéndome las manos en la cara para intentar tranquilizarme—. Sabía que estaba perdida cuando nos acostamos la primera vez y ahora solo lo he

confirmado. Tampoco sé en qué momento me ha pasado todo esto, pero si de algo estoy segura es que estoy sintiendo por ti cosas que no había sentido antes. Todo ha sido tan rápido, la conexión de las dos, la primera vez que estuvimos juntas, para mí, fue como si ya nos conociéramos, fue increíble, Sonia.

—Para mí también lo fue, Vera. Retiré la denuncia para ver si venías, no entendía que no vinieras. Hoy hablé hasta con mi primo, necesitaba que te enteraras, que vinieras, necesitaba verte.

—Mierda, ¿qué vamos a hacer? —pregunto como si ella tuviera la respuesta.

Muerde sus labios y se encoge de hombros, las dos sentimos lo mismo, pero nuestros miedos están ahí y eso me agobia mucho.

—Escucha —dice cogiéndome de las manos—. Podemos intentarlo, sin prisa, sin carreras, sin expectativas, dejarnos llevar por los momentos. Nada de atarnos, seamos amigas con derecho —concluye mostrando su mano para que cierre el pacto.

—Pero yo tampoco quiero compartirte —protesto entrecerrando los ojos.

—Yo tampoco quiero eso, Vera. Lo que digo es no pongamos ya el peso de pareja, nos estamos conociendo y a ver en qué termina, como te dije yo no quería estar con nadie y sigo pensando lo mismo a no ser que seas tú, contigo sí que quiero intentarlo.

—Yo también quiero intentarlo contigo. Nunca imagine que el mundo me presentara a alguien como tú.

Sonia tira de mi nuca y nos volvemos a besar haciendo que nuestros cuerpos vuelvan a arder en deseo.

El miedo nos paraliza, nos hace tomar decisiones erróneas y otra vez no dejarnos llevar por el momento. Ahora, después de decir lo que pensamos y ver que nos sentimos igual, solo puedo decir que atreverme a hablar y expresar lo que siento es lo mejor que me ha pasado. Como diría mi amiga Lourdes:

“ATRÉVETE”